

GÓMEZ, Carlos: *El deber y la ilusión (Ética, Política, Literatura)*, Dykinson, Madrid, 2020, 397p.

Carlos Gómez, catedrático de Filosofía moral y política de la UNED, reúne en el presente libro un conjunto de excelentes trabajos que dan buena cuenta de lo que ha venido siendo una parte relevante de la problemática a la que se ha dedicado intensamente durante su ya dilatada y fecunda trayectoria. La diversidad de géneros (artículos, entrevistas, comentarios) o de ámbitos (literatura, política, ética) y problemas (desobediencia civil, la utopía, Freud y Cervantes, cosmopolitismo e individualismo, los sentimientos de compasión y de culpa...) no suponen en absoluto dispersión sin hilo, aun cuando la riqueza de cada intervención bien pudiera justificar el dejarse sumergir en cada uno sin importarnos sus relaciones o contrastes con el resto. Pero es el caso que preocupaciones de fondo, referencias y perspectivas nos van configurando un bien elaborado enfoque filosófico que de maneras diversas se hace presente.

El sugerente título (*El deber y la ilusión*) bien puede servirnos para sintetizar rápidamente tanto el elenco problemático como una de las perspectivas centrales del libro. Se refiere con ello a una cita de Ortega hecha en el texto en que se dice: “El deber es cosa importante pero secundaria -es el sustituto, el *Ersatz* de la ilusión. Es preciso que hagamos, siquiera por deber lo que no logramos hacer por ilusión”. Con ella se nos muestra la cuestión de la limitación de una moral que pretendiese enclaustrarse y atenerse exclusivamente a lo que cree ser su estricto ámbito sin reconocer los puentes con lo que aparece como su afuera; una cita que nos invita a entrar en el juego de la moral y de lo que la rebasa, del imperativo racional y del sentimiento, del compromiso ético y del amor, de la ética y de la esperanza,

Recibido: 17/12/2020. Aceptado: 21/12/2020.

o de lo immanente y lo trascendente, el imperativo y la vida... En torno a eso discurre buena parte de lo que aquí por diversos vericuetos y con distintos motivos, interlocutores y textos de partida, filosóficos y literarios (Flaubert, Dostoievski, Cervantes), se reflexiona.

Podrían espigarse tres ejes principales en torno a los que gira buena parte del contenido: el nexo entre ética y política, el de la relación entre immanencia y trascendencia, y el que, en conexión con ambos, se refiere ya a toda una determinada concepción de la razón.

I. Ética y política. La esperanza secular

Es irrenunciable para Carlos Gómez, la especificidad y pertinencia de la perspectiva ética frente a todo intento de su subsunción en normativas de otro orden o en el juego de las estrategias políticas, o en una concepción de filosofía teleológica de la historia. Carlos Gómez no cree en absoluto que la crítica hegeliana a Kant sea la última palabra, no piensa que una eticidad (*Sittlichkeit*) finalmente encarnada haga desaparecer la “mera moral”; al contrario, la conciencia individual siempre deberá conservar su derecho a alzar su voz. En este sentido asumiría de buen grado, con Muguerza, aquello que Hegel tildaba de “mala infinitud”, esto es, que lo incondicional no llegara finalmente a realizarse. Para él la tensión entre el *deber* y el *ser* se mantendrá siempre como algo inacabable, en el que lo segundo no llega a conformarse a lo primero. Tampoco la necesaria y aguda crítica de la filosofía de la conciencia en su relevante forma de filosofía de la sospecha (Marx, Nietzsche, Freud), cree que disuelva reductivamente el lugar de la conciencia moral. El *deber ser* en ningún caso puede ser absorbido por el *ser*, sea cual fuere la forma que cobre. Sin embargo, esto no supone la proyección totalizante de la perspectiva ética, por irrenunciable que sea, pues no cree, como anticipamos, que pueda agotarse en sí misma sin violar su propia naturaleza. Precisamente, en la medida en que asume su propia consistencia ha de abrirse irremediamente a otros espacios, como es el político y, como veremos, el trascendente. En el texto se cita al respecto el bello paso de un autor muy querido para Carlos Gómez, el heterodoxo marxista Ernst Bloch, en que se afirma: “Allí donde la intención carece de meta y la esperanza no puede echar el ancla, no tiene sentido abrigar intenciones morales y carece de base concebir esperanzas humanas”. El deber por si solo no basta; no puede complacerse en su aislamiento; se hace inevitable incorporar la dimensión política, establecer el nexo con este otro campo, que en ningún caso puede resultarle ajeno toda vez que en él se juega también la posibilidad

del bien y de la justicia. La política podría entenderse desde ese ángulo como demandada por la ética misma. Al tiempo que le aporta un anclaje que le evita el tentador contento clausurante de la búsqueda del estar a bien consigo mismo en una conciencia ajena al mundo o en un confortamiento con la bondad de la intención más allá de sus resultados.

En ese sentido, nuestro autor se plantea la cuestión del lugar de las utopías, esas ideaciones que tratan de dar plausibilidad a la realización de la felicidad mundana, a la esperanza en la emancipación. Lo que se nos formula es favorable a su total pertinencia, si bien no sin oportunas precisiones. Se piensa sobre todo en la concepción de Bloch, de claras resonancias éticas, o en la denominada “utopía vertical” de Javier Muguerza, que no admite un fin de la historia, sino que alienta momentos, fragmentos de la misma; la utopía se entiende aquí más como energía que como resultado, o como decía otro autor siempre presente en el trabajo de Carlos Gómez, el hermeneuta francés Paul Ricoeur, la utopía no como cuadro acabado o totalización, no como visión sino más bien como intención o impulso.

En lo que se refiere a este lazo entre *ética* y *política*, creemos que la singular aportación de Carlos Gómez se mantiene fiel a la línea de su maestro Javier Muguerza, como este en su especificidad inobviable lo hiciera en este punto respecto de la de Aranguren; en esa senda nos parece habrán de situarse buena parte de los trabajos del primero. El nexo entre ambos campos parte del reconocimiento de la *autonomía relativa* que a cada uno le corresponde, y del carácter tenso o trágico del mismo, si bien se concede definitivamente la primacía al deber moral. Bien entendido que tal primacía no haya de confundirse con *moralismo*, así como el reconocimiento de la necesidad de lo político tenga que asumir el llamado *realismo*, que parafraseando al personaje de *Senderos de gloria*, citado en el libro, acostumbra ser “refugio de canallas”. Trata, pues, de alejarse de dos extremos frecuentes, el de la inoperancia moral de la “bella conciencia”, o el de la desencantada justificación política de lo que tiene por único valor el ser lo existente; ni moralismo inane ni pragmatismo sin alma. Si bien la tentación del refugio en el puro deber ha de evitarse, ello no significa ni mucho menos que hayamos de entregarnos al ciego pragmatismo del cálculo de consecuencias.

El rechazo de los extremos del *moralismo* o el *realismo* en el juego *ética-política*, corre parejo al de dilemas bien conocidos que considera falsos, como el weberiano que opone una ética de los principios a una ética de la responsabilidad, *Gesinnungsethik/Verantwortungsethik*, pues no cree que, por ejemplo, la ética kantiana se desentienda de las consecuencias, se reduzca de modo absoluto a las intenciones. Cosa distinta es, desde esta

perspectiva, que sea en la intención y no en el resultado en lo que se haga residir el valor moral. Otras oposiciones binarias en relación con toda esta problemática son igualmente sometidas a crítica: moral/religión, universalidad/autonomía, individuo/comunidad; romanticismo/ilustración; kantismo/filosofía de la sospecha.

Según todo esto, diríamos que Carlos Gómez mantendría la posición de una ética kantiana de las *convicciones*, que no se desentiende de las *consecuencias*, y que alienta continuamente acciones colectivas a sabiendas de que no puede haber plasmación definitiva. No se desentiende pues de lo político, aunque prime lo moral, y así, con Aranguren, sea partidario de una *democracia como moral* frente a la *democracia establecida*, o, pueda ratificar la formulación de Muguerza en la entrevista que le hace: “la democracia es una aspiración moral permanentemente insatisfecha”. El deber no se desliga de la ilusión, para retomar la expresión orteguiana. Para Carlos Gómez la esperanza, como quería el marxismo cálido de Bloch, no es solo un afecto, o una categoría sino un principio rector del pensamiento y de la acción. Admitiría una confianza racional en la posibilidad y apertura de futuro sin caer en lo que Kolakowski denominaba “mito de la auto-identidad humana”. Cabe pues la esperanza política, que a menudo resulta secularización de la teológica, la emancipación trasunto de la redención. Una redención que no siempre desde la misma teología se ha postulado inevitablemente en el más allá. Al respecto en un momento del texto se recuerda la interpretación de un cristianismo todo él definido por la esperanza, como nos propuso el teólogo, al que Gómez investigara en su tesis, Jürgen Moltmann; por lo que la confianza en el cristianismo no se remite a un final del mundo, sino que se habría de hacer presente en cada momento, de donde la inevitable traducción política en una lucha constante contra todo abuso de poder.

Dicho todo lo anterior, hay que añadir que el alzamiento en todo este planteamiento de la perspectiva ética no supone desconocimiento alguno de las dificultades antropológicas, el olvido de nuestro lado sombrío. Carlos Gómez es bien conocido por sus estudios en el campo del psicoanálisis; no desconoce pues la finitud intrínsecamente ligada a nuestra estructura psíquica; nos trae a colación a menudo la idea kantiana de la *sociable insociabilidad* del hombre, así como su esperanzada concepción de que, si bien hay que admitir un mal radical, una natural propensión al mal, más fuerte es la disposición al bien.

II. Ética y religión. La esperanza teológica

Como se nos dice en el texto, Kant siempre planteó la necesidad de articular el *deber* con la *esperanza*, lo que le llevaba a la relación de la moral con lo trascendente, de la moralidad con la religión. Las dos célebres preguntas, “¿qué debo hacer?” y “¿qué me cabe esperar?”, exigían una respuesta que las vinculaba. Con toda la conciencia de la tensión y dificultad, Carlos Gómez sostiene la articulación entre ellas. En ello discrepa de Muguerza y tantos otros que siguiendo a Schopenhauer no considerarían como necesarios otros postulados de la razón práctica que el primero, relativo a la libertad, y que la ética bien podría mantenerse incólume sin los referentes a la inmortalidad y la existencia de Dios; para Kant la ética quedaba desvirtuada si no se aceptaban, para él, como se cita en el texto, “seguir la idea de moralidad sin albergar al mismo tiempo la esperanza de ser feliz es algo imposible”. En este tan candente punto Carlos Gómez prefiere apoyarse en interpretaciones como las de Caffarena o Ricoeur. Con Kant mantendría, pues, la posibilidad de una “fe racional”, de una “razonable confianza en la Providencia”. Acaso las diferencias mayores entre Gómez y Muguerza, dentro por lo demás de un marco y sintonía comunes, se sitúen precisamente en ese lazo que vendría a darse entre moralidad y religión.

Con independencia ya de la posibilidad de una articulación teórica consistente entre ambos campos, Carlos Gómez considera que la dimensión religiosa es inabordable en nuestra actitud y en el abordaje de muchos de los problemas éticos. Así, por ejemplo, la presencia del *amor*, cómo este es capital para ir más allá de un mero deber... Carlos Gómez hace una reflexión respecto a este punto, confrontándose en un momento realmente interesante con la crítica freudiana del mandato evangélico del amor. Nos advierte de que no se trata de cualquier amor, ciertamente, pues, para no caer en fantasías sentimentales o aún en inmoralidad, el amor habrá ir anclado al principio de justicia. No se interpreta aquí, sin embargo, la justicia desde una *lógica de la equivalencia* según la denominada *regla de oro* “no hagas al otro lo que no quieres te hagan a ti”, sino que esta misma regla es comprendida según una *lógica de la abundancia*, como la que señalaba Ricoeur en su libro *Amor y justicia*. Conforme a ello, el amor no se coloca por encima de la moral, sino que la recoge y la eleva a un nivel superior. El amor que nutre la lógica de la abundancia nos evitaría reducir moral y justicia a cálculo utilitario o correlación de intereses.

Por otra parte, sin la admisión de la dimensión religiosa pareciera que la *solidaridad* o esa olvidada vindicación de la triada revolucionaria, la

fraternidad, no sería justificable; no parece que bastara para ello el concepto de justicia tan tratado por la filosofía política del último tercio del xx. Gómez nos recuerda cómo para Aranguren la solidaridad se ancla en la religión, y se vincula a la fraternidad cristiana. Y al igual, Muguerza, que desde su agnosticismo pensaba que acaso se requiriese “una fuerza de motivación religiosa”, e invertía la fórmula de Bonhoeffer, para evocar un obrar solidario “como si hubiera Dios, *ut si Deus daretur*”.

III. Concepciones de la Razón

Esa presencia inobviable de la religión en nuestro código moral se sustentaría en una determinada concepción de la razón. Gómez menciona a un autor que conoce bien, y que está muy presente en todo su pensamiento, como muchos otros francfortianos, Habermas, que nos plantea la necesidad constante de abrirse a los contenidos semánticos de la religión para intentar traducirlos al lenguaje de la argumentación; la filosofía habría de mantener, en consecuencia, ese necesario lazo con la religión si no quiere mutilarse. Con Kant, con Habermas, con Muguerza, se defiende en estas páginas una constante resistencia a lo que se juzga significaría un concepto menguado de *razón*. Muguerza fue un ejemplo; en él no quedan excluidas aquellas cuestiones que eran calificadas de metafísicas por parte de la razón analítica, aunque tampoco, en efecto, da respuesta; se abre a ellas, considera que el *sentido* no tiene los estrechos límites que le asignaban positivistas y analíticos, pero finalmente no puede aportarnos una solución. Como sabemos Muguerza se mantiene en la perplejidad.

La aproximación que Carlos Gómez ha intentado constantemente en su obra entre los mundos de una razón crítica y de la trascendencia ha querido no renunciar en ningún caso a ambos polos, llevar la razón hasta allí donde de dar un paso más se abisma, traer la trascendencia a una razonabilidad que no puede diluirse en ella. De ese material está construido el puente que une a las dos riberas. Difícilmente se hallará una mejor arquitectura aun con toda la conciencia de su fragilidad, de la dificultad de su tránsito.

Esa concepción de la razón es la que le ha dado esa posibilidad de una fina exploración de esas tensiones a las que más atrás nos referíamos, las que se dan entre inmanencia y trascendencia, entre imperativo ético y realismo social. No en vano trabaja autores como Freud y Bloch, el arqueólogo de la mente, vuelto al pasado y el cartógrafo de las posibilidades, mirando al futuro, el que asienta el *principio de realidad*, aunque no para resignarnos ante él, y el que establece el de *esperanza*. Se mueve entre la denuncia del

escapismo que puede representar cierta visión religiosa que coloca nuestro afán en el más allá, y la inconsistencia de quien no considerando suficientemente la finitud humana se asienta en cierta confianza en el progreso o en la revolución, como planteó Paul Tillich (pág. 143); se trataría de evitar el desengaño inevitable de este al tiempo que la alienación de aquella.

Es también en relación con esa concepción de la razón que tendríamos que enfocar la interpretación que de la obra freudiana nos ha ofrecido Carlos Gómez (*Freud, crítico de la Ilustración*, Crítica, 1998; *Freud y su obra*, B. Nueva, 2002), que claramente se muestra en distintos momentos del libro que comentamos. Ha mantenido siempre una lectura del psicoanálisis en la que la confrontación con las ilusiones que pudieran hallarse en cierta razón ilustrada, no le lleva por ello a ceder a aventuras irracionistas y abandonar la necesaria crítica racional de lo que injustificadamente constriñe al ser humano. Opta por una razón, diríamos, kantianamente consciente de sus límites. Por lo que desde ese enfoque no sería de la razón (ciencia, técnica) de lo que tendríamos que distanciarnos sino de sus fantasías narcisistas de omnipotencia. Comentando con perspicacia y precisa información el tema del nexo entre Cervantes y Freud, nos dice que para este la conducta “sana” era la que en algo se parecía a la neurosis y a la psicosis, como la primera no dejaba de tener muy en cuenta la realidad y como la segunda trataba de transformarla, pero evitando la fantasía de la primera y la solo transformación sustitutiva interna de la segunda pues la conducta racional habría de lograr una transformación aloplástica, real del mundo. Carlos Gómez aboga así por una razón autocrítica y transformadora del mundo. Se sitúa en una línea muy próxima a la interpretación del Habermas de *Conocimiento e interés*, que entendía el psicoanálisis como instrumento fundamental en el desbloqueo de la comunicación distorsionada, consigo mismo y con los otros, como un conocimiento movido intrínsecamente por un *interés de emancipación*. Carlos Gómez piensa, en efecto, que el psicoanálisis freudiano tiene siempre como objetivo lograr una “posibilidad de cambio” sea ya negativa, la que viene, en palabras de Freud, a “sustituir el sufrimiento neurótico por la miseria corriente” o, más positivamente, la que busca “liberar el amor reprimido”. Para él el principio de realidad no se cierra a la categoría de posibilidad; el individuo se nos presenta como un ser inconcluso que es capaz, siempre dentro de límites, de cambiarse y de cambiar el mundo. No puede mantenerse en la quimera infantil de la omnipotencia, ciertamente, pero tampoco sumirse en el supuesto realismo que finalmente no es más que “la utopía del statu quo”. Su interpretación de la pertenencia del psicoanálisis a la filosofía de la sospecha no significa entender aquel

como una puesta en cuestión total de la conciencia, pues considera que en Freud se le sigue concediendo una cierta autonomía; Carlos Gómez no comparte la línea interpretativa que incurre en el error contrafáctico del que cuestiona radicalmente el discurso racional dando por válido el propio. Conforme a esto, cuando se trata de la conciencia moral, se hace necesario el desvelamiento por parte del psicoanálisis del narcisismo que puede acompañar la acción más altruista, pero no por eso esta ha de reducirse a aquel. Se incorpora así la imprescindible aportación crítica del psicoanálisis, pero se evitan las interpretaciones reduccionistas que de ella pudieran hacerse.

En toda esta reflexión sobre los tres ejes aquí señalados, expuesta con la frescura, claridad y precisión que en el autor son habituales, vemos en marcha un pensamiento maduro, que denota un familiar y hondo trato con los temas, sabedor de todas sus dimensiones y flancos, que se desenvuelve con soltura en diálogo con múltiples autores, entre ellos algunos nombres destacados de la filosofía española.

Jorge Álvarez Yáguez